

CAPITULO V

COSTUMBRES

Había tenido, pues, Augusto por sucesor a Tiberio, lodo amasado con sangre (1), quien rodeado de espías y de infamias, disfrazando con antiguas denominaciones sus nuevas perversidades, se ceba gozoso en la matanza. A Tiberio sucede un joven tocado de furiosa demencia; á éste un imbecil sanguinario, circundado de libertos y de la hez de las mujeres. Por último, llega al imperio en la flor de sus años un mancebo alumno del filósofo de más nombradía: creerásele destinado á reparar los males y la ignominia de los reinados anteriores, y por el contrario reúne todos los vicios de los que le han precedido y les supera en atrocidad y en libertinaje. Ostenta públicamente las infamias que Tiberio ocultaba en las rocas de Caprea, emplea sin rebozo el veneno, incendia, arranca la vida á sus maestros, á su mujer, á su querida, á su madre; y á cada nueva barbarie, pueblo, caballeros, senadores le decretan nuevas acciones de gracias; á cada vileza que les mancilla, se apresuran á descender más cobardemente, humillándose en su presencia.

¿Cómo había degenerado Roma hasta el punto de tolerar por señores á un tirano, á un loco, á un imbecil y á un monstruo?

Política.—Si la unidad de la fuerza abarcaba en un círculo de hierro las provincias del imperio, dejaba que en lo interior se aflojaran todos los vínculos sociales, ofreciendo por resultado universal egoísmo. Reconcentrándose cada cual en sí propio, desconfiaba de su vecino, quien no sabía su modo de pensar ni sus proyectos, por no estar nadie de acuerdo en ningún principio político, moral ni religioso. Aunque ya no representaba

nada el Senado, retiraba desdeñosamente del pueblo su mano protectora; querían tiranizar los pretorianos, y con tal de que se les proporcionara coyuntura, con tal de que hallaran aumento de sueldo ó descargo de servicio, poco les importaba ser ejecutores de asesinatos. La plebe, que aborrecía á los patricios y desconfiaba de ellos, veía con júbilo á su tribuno cebarse contra los descendientes de aquellos cuyos padres los habían tenido bajo insostenible coyunda y reducidos al hambre.

Había la guerra civil introducido multitud de libertos en el número de los ciudadanos, con sus riquezas mal adquiridas, con la insolencia del hombre medrado, con los vicios de la improvisada y tosca fortuna. Los antiguos señores que sobrevivieron á la guerra y proscripciones, después de señalarse por sus intrigas y ambiciones, por sus juicios y juramentos falsos; objetos de desprecio ante el pueblo y la religión, consolábanse de su nulidad en femenil epicurismo, cuyo tipo era Mecenas, sosten y consejero de Augusto, envuelto en vestidos femeniles, escoltado por eunucos y buscando nuevas sensaciones en el vino, en el estruendo, en multiplicados divorcios (2).

En lo exterior ni griegos ni galos profesaban simpatía alguna á los romanos: éstos no manifestaban ninguna lástima hacia la Germania oprimida y entregada á los asesinatos y á las concusiones: á pesar de todo hasta Pison no se encuentra ninguna tentativa de conjura ni de revuelta. Aun el mismo Pison conspira por ambición propia, y no animado del deseo de restablecer la república, deseo continuo y estéril de todos los corazones generosos. Pero este doloroso recuerdo que se remon-

(1) Πηλὸν ἀματι πεφορμένον.

(2) SÉNECA, Ep. 114; De prov., III.

taba á lo pasado, sólo existía en los espíritus selectos: el pueblo permanecía impasible, y se mostraba contento, si de vez en cuando se le ofrecían en espectáculo con las hazañas de los gladiadores algunas nobles cabezas separadas del tronco. Tampoco los soldados levantaron jamás la voz en tiempo de los Julios: sometidos aún á la antigua disciplina, confundían la fidelidad á su bandera con la que debían al soberano del imperio. Y sólo después de la caída de la familia Julia, se creyeron dueños de ofrecer el imperio á quien fuera de su gusto.

Con efecto, ¿á qué fin se había de aventurar un movimiento, ignorando uno si había de apoyarle su vecino? De consiguiente, Calígula puede sin ningún riesgo completar sus dos listas del *Puñal* y de la *Espada*: es dado á Tiberio enviar ciudadanos á la muerte desde el seno de placeres vergonzosos: cabe que el opresor se muestre brutal y desaforado, cuando los oprimidos no saben amarse ni entenderse, cuando no conocen más gloria que la de tributar homenaje al soberano (3). ¡Generosidad, virtud! parecía como si la blasfemia de Bruto hubiera hallado eco en todas las almas desde que todo elemento de orden había desaparecido. ¡Patria! ¿Qué interés podía inspirar la que se extendía del Níger al Elba? ¡Filosofía! pero esta carecía de concierto y eficacia: venía á ser un ejercicio de escuela, cuyo resultado más sublime estribaba en saber darse la muerte, en abandonar hermanos á miserias en que no habían tomado parte.

Estoicismo.—A decir verdad la filosofía estoica es el único síntoma de vigor que se advierte en aquellos míseros tiempos; ¿y cuál es su enseñanza? Castigado á golpes Epicteto por su amo, le dice: *Id con cuidado que me vais á romper los huesos*; prosigue el amo y le rompe una pierna. ¿No os lo había ya dicho? repone el esclavo.

He aquí como este esclavo hablaba de libertad. «Puesto que se llama libre aquel á quien todo le sale á medida de su deseo, quiero que nada suceda á mi gusto. Un loco me hablaba de esta manera: ¡Oh amigo mío! la locura y la libertad no andan juntas. La libertad es una cosa muy bella, pero muy razonable; y por el contrario, nada existe con más fealdad y sin razón que desear temerariamente y querer que las cosas sucedan como las hemos imaginado. Cuando necesito trazar el nombre de Nerón, fuerza es que le escriba, no como quiero, sino como es y sin mudar una letra. Acaece lo mismo en todas las artes y en todas las ciencias. ¡Y pretendes que sobre lo más grande que existe, sobre la libertad impere el capricho y el antojo! Consiste la libertad en querer que las cosas sucedan como deben suceder y no como á uno le agrada.»

Estas son exageraciones sublimes: pero enton-

(3) *Nobilis obsequii gloria relicta est.* TÁCITO, *Anales*, IV.

ces una necesidad fatal dirige los sucesos de este mundo, y la voluntad humana tiene la fuerza de resistir y de padecer, no la de obrar, en cuyo caso solo se puede esperar la tranquilidad de un aislamiento desconsolador y austero. Demonax, filósofo respetado hasta por Lucano, que se burlaba de todo, pierde el uso de sus miembros, y no queriendo emplear la fuerza con los esclavos ni admitir los servicios voluntarios de personas á quienes profesa hondo desprecio, se deja morir de hambre. Avisado Marco Aurelio de las tramas urdidas por un ambicioso, responde: *Dejémosle obrar á sus anchas, puesto que sucumbirá, si no tiene al destino en su apoyo: si le es favorable, nadie puede quitar la vida al que ha de sucederle.* Esto es fatalismo y no clemencia. «El sabio, os dirán algunos estoicos, no debe aguardar el bien sino de sí propio: el único mal es creer en que el mal existe; vale más morir de miseria sin miedo, que vivir lleno de angustias en la opulencia. Es mejor que tu esclavo sea digno de lástima que ser tú infortunado. Cuando abracés á tu mujer y á tus hijos, acuérdate de que son mortales; así experimentarás menos dolor cuando los pierdas. La compasión es el defecto de los seres débiles que se enternecen á la vista de los males ajenos, cosa que sienta muy mal á un hombre. Las desventuras están decretadas por el destino y no son accidentales. No obedece á Dios el sabio, solo consiente. En ciertos puntos es superior á Dios el sabio, porque en el uno el no temer es un mérito particular á su naturaleza, y en el otro es un mérito propio (3).»

Reputase, pues, la caridad como un vicio, y sin hablar de ella, el *abstine* y el *sustine* extinguen toda actividad y arrancan al amor lo más íntimo que tiene: inducen á mirar con indiferentes ojos las miserias de la muchedumbre, muerta de hambre en el umbral del palacio, donde bulle la orgía entre las canciones de Anacreonte.

¿Cuál es el colmo de la virtud estoica? Obstinar-se en el partido adoptado, mirar como un delito igual á la traición, toda transacción con el enemigo de la libertad de la patria, aun cuando no estipulara más que el olvido y la facultad de retirarse; castigarse por la derrota como una vileza; disponer de su propia vida como de un bien que no debe conservarse sino bajo ciertas condiciones; menospreciar á los tiranos que sólo pueden dar una muerte no temida, y meditar sobre sí propio hasta el último momento. He aquí el secreto de la magnanimidad acreditada por Crenucio Cordo y por tantos otros que vieron en el suicidio un refugio ó una esperanza. Al saber Arria, mujer de Trajeas

(4) *Miseratio est vitium pusillanimitatis ad speciem alienorum malorum succidentis: itaque pessimo cuique familiarissima est.* SÉNECA, *De clem.*, I, 5. *Misericordia est agritudo animi; agritudo autem in sapientem virum non cadit.* Idem. — *Est aliquid quo sapiens antecedit deum; ille natura beneficio non timet, suo sapiens.* Ep. 53.

Peto, que su marido ha sido condenado, se clava un puñal en el seno, y presentándosele, dice: *Esto no hace daño*. Vespasiano ordena á Helvidio Prisco que no se presente más en el Senado. *Puedes arrebotarme mi puesto*, dice, *pero mientras sea senador iré á la asamblea*.—*Si vas*, añade el emperador, *guarda silencio*.—*Con tal de que no me preguntes*, repone. —*Pero si te hallas presente*, replica Vespasiano, *es fuerza que te pida tu dictamen*.—*Y también es fuerza que yo te responda como crea deber hacerlo*.—*Si procedes de ese modo, haré que te den muerte*.—*¿Y te he dicho yo que soy inmortal por ventura? Cada uno de nosotros obrará como le cumpla, tú me harás morir, y yo moriré sin pesadumbre*.

En el momento en que Plaucio Laterano es conducido al suplicio, un liberto de Nerón le dirige muchas preguntas: *Si tuviera yo*, responde, *suficiente abyección en el alma para hacer revelaciones, las haría no á ti, sino á tu amo*. El tribuno Estacio, que le dió muerte, era su cómplice, y sin embargo no le dirigió reconvención ninguna. No habiendo hecho más que herirle el primer golpe, meneó la cabeza, colocándola en la postura conveniente para que fuera derribada (5).

Esceveno Flavio, condenado por la conjura contra Nerón, hizo observar al tribuno que la sepultura que le habían preparado, no era bastante honda, y cuando éste le dijo que alargara bien el cuello, contestó: *¡Ojalá tú me hieras del mismo modo!* Caninio Julio se empeña con Calígula en vehementes palabras, quien le dice al despedirle: *puedes estar tranquilo, le he condenado á muerte*: Julio responde: *Gracias, excelentísimo emperador*. ¿Consideraba acaso como una merced recibir la muerte bajo tan detestable reinado, ó quiso á semejanza de Sócrates escarnecer con ironía la vileza de los que le rodeaban? Diez días pasó con igual temple de alma aguardando á que Calígula le cumpliera su palabra, y estaba jugando á las damas, cuando el centurión entró á anunciarle que debía morir: *Agudrate, cuento los peones*, respondió tranquilamente. Como llorasen sus amigos, dijo: *¿A qué afligiros? Estáis disputando para averiguar si es inmortal el alma, y voy á cerciorarme de la verdad*. En el instante que se acercaba al lugar del suplicio, respondió á un amigo que se informaba acerca del asunto de sus pensamientos: *Quiero observar si en este rápido instante se percibe el alma de su salida*.

Muerte de Séneca.—Cuando se comunicó á Séneca la orden de morir, pidió que se le permitiera variar algunas cláusulas de su testamento, lo cual le fué negado. Entonces consoló á sus amigos recordándoles sus pláticas habituales; legándoles, ya que otra cosa no podía, el ejemplo de su vida y su odio contra Nerón. Cuando Paulina, su esposa, le dijo que quería morir en su compañía, no se opuso á ello. *Te había enseñado*, dijo, *el modo de*

(5) ARRIANO, en *Efict.*, I, 1.

vivir, no te quitaré el honor de morir. Si tu conciencia se parece á la mía, tu muerte será gloriosa. Se mandó abrir las venas, y prosiguió dictando á sus secretarios, pero haciéndose más lenta la muerte de lo que apetecía, hizo que le metieran en un baño caliente; y echando agua á los esclavos que le rodeaban; decla: *Hago estas aspersiones en honor de Júpiter libertador*; en conformidad á las costumbres de los griegos que hacían libaciones á Júpiter conservador á la salida de un banquete. Paulina seguía el ejemplo de su marido en otro aposento; mas Nerón mandó que se le restañara la sangre muy á pesar suyo.

¿Era por virtud ó por efecto de imitación? Séneca no creía ya en las recompensas ó en los castigos que pudieran aguardarle más allá de la vida, y se felicitaba por haber vuelto en sí del hermoso sueño de la inmortalidad del alma. Además, para admirar su muerte filosófica sería necesario olvidar las inmensas riquezas que había acumulado, y que ofreció abandonar á Nerón, si consentía en dejarle la vida; habría que olvidar también sus usurarias exigencias, causa de la sublevación de Bretaña (6); y lo que es todavía mucho más grave, si dice verdad el rumor público, su complicidad en el delito de un hijo á quien parece impulsó á matar á su madre. Es cierto por lo menos que no se alejó del discípulo que se había manchado con semejante desafuero, y que prostituyó su talento hasta escribir alegando disculpas por aquel.

Muerte de Lucano.—Lucano, su sobrino, denuncia á su madre por salvarse á sí propio; y Nerón se aprovecha de su vileza para deshonrarle, permitiéndole no obstante la gloria de morir declamando versos. Mela, su padre, ni aun siquiera aguarda á que su cadáver se enfriara para apoderarse de sus bienes, á fin de probar á Nerón cuan poco se cuida de la muerte de un hijo delincuente; pero Nerón le intima que se abra las venas, y obedece sin lanzar una queja. He aquí tres ejemplos de indiferencia estoica en una misma familia, todos tres consumados heroicamente y precedidos por una vileza.

¿Hasta qué punto debemos admirar una filosofía que enseña á morir y no á vivir? Sumérgense en la inacción los estoicos, sin un deseo hacia lo venidero, sin un sentimiento hacia otra vida ó hacia el progreso de la humanidad: se consideran buenos para sí mismos; y los demás no tienen que esperar asistencia: rehusarán tributar homenaje á un monstruo, pero si llegan á las primeras magistraturas, no se propondrán el bien general por objeto. Así, aun cuando esta filosofía defendió la legislación contra

(6) Quizás alude á él este epigrama de Petronio Arbitro: *Quid faciant leges, ubi sola pecunia regnat, Aut ubi paupertas vincere nulla potest? Ipsi qui cymica traducunt tempora cana Nonnunquam nummis vertere verba solent. Ergo iudicium nihil est nisi publica merces, Atque eques in causa qui sedet empta probat.*

el epicurismo, no la mejoró en ningún punto. Consiste en que la ciencia antigua se inclinaba más á volverse hacia la abstracción, que á descender á la práctica; ó bien se aplicaba más á las cosas personales sin elevarse á las consideraciones del bien general.

Suicidio.—Natural era que una escuela que predicaba virtudes imposibles, acabara por el suicidio (7). De tal modo fué seguida, que sus mismos campeones hubieron de moderar tanto fervor, diciendo que si era excelente quitarse la vida, no se debían descuidar por este placer los propios deberes. Con efecto, la muerte no era sólo una precaución y un preparativo contra los tiranos, sino que no se necesitaban motivos muy graves ni enemistades imperiales para que los hombres atentaran inicua-cuamente á su propia existencia. Marcelino, joven rico y generalmente estimado, se ve acometido de una enfermedad de no difícil cura, y se empeña en morir á pesar de todo. Congrega á sus amigos y se lo consulta, cual si se tratara de un contrato ó de un viaje; algunos procuran disuadirle de aquel designio; un estoico le exhorta por el contrario á que lo consume, pues á sus ojos haberse cansado de vivir es una razón bastante para darse la muerte. Despidese, pues, Marcelino de sus amigos, distribuye el dinero á sus criados, quienes se niegan á matarle, y se abstiene de comer por espacio de tres días; enseguida ordena que le lleven un baño, donde espira murmurando algunas palabras sobre el deleite de conocer uno que se muere (8).

Coceyo Nerva, peritísimo jurisconsulto, que gozaba de buena salud y mejor fortuna, resuelve poner término á sus días, y por mucho que se ingenia Tiberio para impedirlo, se deja morir de hambre.

Sin que le determinaran á ello doctrinas elevadas y sin aguardar ciertamente á excitar la admiración de un filósofo (9), un gladiador á quien llevan al circo, mete la cabeza entre los rayos de una rueda á fin de que se la destroce. Hay más: se había llegado á encontrar encanto en la muerte. A veces se apoderaba la manía del suicidio de los más débiles como de los más dotados de energía. Algunos recurrían á este medio por simple hastío de la vida, por no tener cotidianamente la incumbencia de levantarse, de comer, de beber, de acostarse, de sentir calor y frío, de ver siempre la primavera, y el verano, y el otoño, y el invierno sin encontrar nunca cosa nueva (10).

(7) Una de las paradojas en que Montesquieu se complace, consiste en atribuir á la doctrina del suicidio la grandeza de algunos caracteres romanos. Gibbon con su malignidad habitual dice: «Los preceptos del Evangelio, ó de la Iglesia, han impuesto finalmente una piadosa servidumbre á las almas de los cristianos, condenándoles á aguardar sin prorumpir en una queja el último golpe de la enfermedad ó del verdugo.» Cap. 44.

(8) SENECA, *Epístola* 77.

(9) Idem, *Epístola* 47.

(10) Idem, *Epístola* 23.

En último resultado este valor no es más que egoísmo. Tal es el sentimiento que reconoce por acto capital el suicidio, destruyendo toda responsabilidad y anulando las relaciones sociales. Al revés, el hombre generoso no piensa en sustraerse á inevitables males, sino en sobrellevarlos con calma y en sacar provecho de ellos. Si dando crédito á la partería estoica, no es nada la muerte, ¿á qué prepararse á ella con tanto orgullo? ¿á qué hacerla motivo de discusiones de escuela y presentarla á la sociedad como ejemplo?

Epicúreos.—A partir de un mismo principio, van á parar á un mismo punto dos doctrinas que se reputan por opuestas: la de los estoicos por egoísmo espiritualista, y por egoísmo material la de Epicuro; pero una y otra están siempre basadas sobre el egoísmo, combinado con la manía de lo extraordinario. Decía el epicúreo: «No puede comprenderse el supremo bien, si se separa del placer de los sentidos. Es el goce la voz de la naturaleza; pero como no depende del hombre gozar y no padecer, debe moderar sus deseos, y en esto consiste la virtud. Aun cuando me metieran dentro del toro de Falaris, diría: *Esto no hace daño* (11), como cuando Epicuro moría entre las torturas del mal de piedra, exclamaba: *¡Oh cuán dichoso soy! ¡Este día es el más afortunado de mi vida!*

En la investigación de una perfección ideal, solitaria, no cuidándose de la moralidad de los demás de ningún modo, negándose á toda expansión generosa, se siente una temeridad sacrílega que petrifica el sér humano convertido en ídolo, que hace al sabio egoísta, que establece el bien en una apreciación intelectual repelida por el testimonio de los sentidos, y aspira á llegar á la ventura por un sendero impracticable. Siguese de esto que el uno por la imposibilidad de imitar el modelo que se propone y el otro por indolencia, no examinando ambos el bien sino con relación á la vida de los sentidos, á lo presente, al individuo, suspenden la actividad humana, relajan los vínculos domésticos, destruyen la sociedad.

Por su indolencia se encumbra el epicúreo hasta el heroísmo de los estoicos, y muere sobre rosas en los brazos de cortesanas, del mismo modo que estos se matan con los libros de Platón en la mano. Anuncian á Agripino que se junta el Senado para juzgarle. *Enhorabuena*, dice, *vamos á aguardar en el baño: este es el instante propicio*. Y va en efecto; cuando sale le participan que ha sido condenado. *¿Al destierro ó á la muerte?—Al destierro?—¿Con confiscación de bienes?—No.—Partamos, pues, sin pesadumbre: con el mismo apetito comeremos en Aricia que en Roma.*

Supersticiones.—Con más frecuencia enseñaba el epicúreo á disfrutar de la vida y á desterrar el temor de los dioses, y propagando la impiedad,

(11) *In Phalaridis Tauro si erit, dicet: Quam suave est hoc quam hoc non curat* CICERON, *Tusc.*, II.

arrastraba á los grandes á los crimenes del ateísmo, sin apartar de los de la superstición al vulgo; porque su doctrina aristocrática en un todo, no se encaminaba más que al menor número y sólo hacía memoria de la muchedumbre (οἱ πολλοί) para despreciarla, al estilo de los libre-pensadores del siglo pasado.

Así como la filosofía carecía de doctrinas, habiéndose convertido en un ejercicio de sutilezas, en un medio de lucro para los cínicos y para los epicúreos, ó bien en una diversión de la calle para el pueblo, de estudio para los ricos, también carecía la religión de dogmas. Del mismo modo que la ciudad se había abierto á todos los forasteros, el cielo á todos los dioses, en el santuario de Vesta y de Rea, toda edificación de las pasiones humanas obtenía sacerdotes, sacrificios, fiestas. Cada dama romana tenía en su oratorio el sol etiope, simbolizado por el gavilán; divinidades fenicias, mitad hombres y mitad peces; piedras druídicas. Germánico se hizo iniciar en los torpes misterios de Samotracia y en el culto de los barrigudos Cabiros; él, Agripina y Vespasiano consultaban las divinidades de Egipto. En una palabra, Roma encontró en el botín de cada conquista un dios (12), y después por medio de apoteosis (13) hizo dioses á todos sus execrables emperadores.

(12) PRUDENCIO, *contra Symmachum*, II, 458.

(13) Apoteosis.—Después de los funerales del emperador muerto, celebrados con magnífica pompa, se ponía su efigie de cera en un lecho de marfil cubierto de suntuoso tapete de oro, figurando que era el mismo emperador enfermo. Senadores y matronas iban á visitarlo; permanecían sentados algunas horas á su lado, y duraba siete días esta ceremonia: al octavo, los principales caballeros y senadores paseaban procesionalmente por la vía Sacra el lecho con la efigie, tal como estaba, y lo llevaban á la plaza pública, adonde se trasladaba el nuevo emperador acompañado de los señores romanos más ilustres. Allí se levantaba un tablado de madera, imitando la piedra, y adornado de un espléndido peristilo de marfil y de oro, bajo el cual se colocaba la efigie en un lecho lujoso, y alrededor se cantaban por dos coros las alabanzas del príncipe difunto: durante el canto estaba sentado el emperador con su acompañamiento en la plaza, y las matronas debajo del pórtico. Concluida la música se encaminaba la procesión al campo de Marte, llevando también las estatuas de los romanos más ilustres desde la época de Rómulo, algunas de bronce, representando las provincias sometidas al imperio, é imágenes de hombres célebres. Iban detrás los caballeros, los soldados y caballos de carrera, y en fin, los donativos de los pueblos tributarios, y un altar de marfil y de oro enriquecido de piedras preciosas. Subido el emperador en la tribuna de los oradores, durante esta procesión había el elogio del muerto. Habían elevado en medio del campo de Marte una pira, que estrechándose gradualmente, formaba una especie de pirámide, revestida exteriormente de ricos tapices recamados de oro y adornada de figuras de marfil llena por dentro de leña seca, y teniendo encima el carro dorado de que solía servirse el emperador muerto. Colocábase en el cuerpo inferior el lecho imperial con la efigie de cera por los mismos pontífices, y se derramaban sobre él perfumes y aromas. Después de besar la mano de

Aceptar indistintamente todo dios equivale á no tener ninguno: de tal manera la religión era una ley, no una fe, las fiestas eran ostentaciones; el culto público era política, y el privado un dios predilecto á quien dar las víctimas más pingües, á quien recomendar los negocios, la familia y los amores. No se creía en la Providencia sino en la fatalidad, cuyo indomable rigor daba á unos el valor de matarse, é impulsaba á otros á sondear un porvenir que no podían evitar. Acudían astrólogos de Caldea, augures de Frigia, adivinos de la India. Separado de la fe el culto nacional, y mezclado con instituciones extranjeras dejaba abierta la puerta á mil supersticiones, al terror de potestades secretas, á una curiosidad mezquina de las cosas ocultas, á la manía de lo extraordinario y de lo extravagante, de modo que nunca se habían multiplicado tanto los prestigios, los oráculos, los sortilegios y los misterios de las ciencias teúrgicas.

Horacio, Virgilio y los demás escritores del mejor tiempo afirman que estaba propagada la creencia en los magos y en las hechiceras, que ellos llaman *strigæ* (14). De estas se habló después más, y de los vampiros que iban á chupar á los vivos (15), y los milagros que veremos en Apuleyo y Apolonio Tianeó, nos descubrirán cuanto se calentaban la cabeza con semejantes opiniones, no sólo el vulgo, sino la gente más educada. No había rico que no tuviera un astrólogo entre sus siervos; se hacía trabajar ansiosamente al quiromántico ó nigromántico: y cuando caía un rayo ó se descubría algún cadáver, se creía que una revolución imprevista debía llevar á ciertos hombres desde los palacios á las gemonías. Doncellas ávidas de amor, jóvenes solícitos de una herencia, esposas ansiosas de ser madres, viejos enervados, amantes celosos y ma-

aquella imagen, el nuevo emperador y los parientes del difunto se sentaban en los sitios que les estaban destinados. Había en seguida alrededor de la pira carreras de caballos, y desfilaban después soldados y carros, cuyos conductores iban vestidos de púrpura. Verificadas estas ceremonias, el emperador, seguido del cónsul y del magistrado, aplicaba el fuego á la pira, y cuando principiaban á elevarse las llamas, se dejaba volar desde encima de la hoguera un águila, que dirigiéndose al cielo, hacía creer que llevaba al Olimpo el alma del difunto: para las emperatrices, en vez de un águila se echaba á volar un pavo real. Se construía después un templo en su honor; se le daba el título de divino; se le señalaban sacerdotes, y se instituían sacrificios en su obsequio.

(14) FESTO: *Strigæ, ut ait Verrius, Græci τεργίαις appellant, quod maleficis mulieribus nomen inditum est.*—PLINIO, XII (39) 95: *Fabulosum arbitror de strigibus, ubi eas infantium labris immulgere.*—APULEYO *Metam.*, 5: *Scelstarum strigarum nequitia.*—PETRONIO, *Fragm.*, 63: *Cum puerum mater misella plangeret, subito striga ceperrunt.... Jam striga puerum involaverunt, et supposuerunt stramentitium.*

(15) *Post sepulturam visorum quoque exempla sunt* PLINIO.

gistrados ambiciosos acudían á estas impías locuras, para satisfacer las cuales ni siquiera se temía degollar á los niños.

En tanto que no se creía en los dioses (16), sentía la conciencia la necesidad de acercarse al Dios indignado y decirle *perdona*; experimentaba una necesidad de purificaciones y expiaciones, de tal manera que para limpiarse de culpa, unos se bautizaban con sangre en las ceremonias de Mitra, otros marchaban por el Tíber helado, ó después de haberse bañado atravesaban de rodillas el campo de Marte; y si está irritado Anubis, decreta el pueblo que se vaya á Egipto á traer agua del Nilo para purificar el templo, ó que se ofrezcan vestidos á los sacerdotes de Isis ó cien huevos á los de Belona (17).

Al lado de los soldados se hallaba una gente cada vez más debilitada con el lujo y los vicios, delirante por los juegos del anfiteatro, y que no manifestaba su voluntad sino tomando parte por éste ó aquel bailarín, por tal ó cual facción del circo. A esta chusma prodigaba cada nuevo emperador regalos y juegos, y la corrompía no sólo con las crueles y deshonestas diversiones del circo y del teatro, sino también con las artes de los retóricos y de los poetas. Extinguido, pues, todo sentimiento noble y elevado, se levantaban el fausto, el egoísmo y la indolencia.

Depravación.—Como no había nada que refrenase en aquella ciudad al rey en el trono ni á la dama en su gabinete, entregáronse todos á la corrupción más profunda que nos ofrece la historia. ¿Dónde encontrar una serie de emperadores monstruosos semejantes á la que hemos visto y veremos, suspendida entre las gemonías y la apoteosis? ¿Y qué sería si nos fuese dado penetrar en las casas é indagar la moralidad privada? Nos queda memoria de una familia, la Julia y la simple genealogía de ella es una cadena de crimenes!

Familia Julia.—Mezcla de sangre y de nombres producida por el abuso de adopciones y divorcios: mujeres de tres ó cuatro maridos, emperadores de cinco ó seis mujeres. Augusto se casa con Livia Drusila en cinta de otro: Livia Orestila, tomada por Calígula, es repudiada á los pocos días y desterrada después de dos años. Calígula arrebató de su marido á Lolía Paulina porque su abuela había tenido fama de hermosa, y poco después la repudia prohibiéndole casarse con otros, hasta que le envía orden de matarse. Un Druso es envenenado por Sejano, otro recibe orden de morir, y un tercero es asesinado en el destierro. Para seguridad del príncipe son inmolados Agripa Póstumo al comenzar el reinado de Tiberio, Tiberio el joven, al de Calígula, y Británico al de Nerón.

(16) *Nemo calum, calum putat; nemo Jovem pili facit.* PETRONIO, *Satyr.*, c. 44.

(17) JUVENAL, *Sat.*, 6; TERTULIANO, *Apolog.*, 9; SENECA, *De vita beata*, 27.

Domicio Enobarbo, padre de Nerón, se divierte en lanzar con fuerza su carro contra un niño, en matar á un esclavo que no bebe bastante: saca en mitad del foro un ojo á un caballero; siendo pretor roba los premios en los juegos. Julia, madre, después de su tercer matrimonio, á causa de sus desórdenes es desterrada por su padre Augusto, y la deja morir de hambre Tiberio, su último marido. Convicta su hija (llamada del mismo modo) de adulterio, perece en una isla tras veinte años de destierro. Junia Calvina es desterrada por Claudio á causa de incesto con su hermano Silano: se manchan las hermanas de Calígula con la misma infamia, y una de ellas, concubina de su hermano, es elevada á la categoría de diosa, mientras que en virtud de las leyes protectoras de la moralidad pública son condenados á muerte los amantes de tales mujeres. Se encomia á Claudio por no haber tomado mujer que perteneciera á otro; pero, como Calígula, tuvo cinco mujeres, y entre ellas una Mesalina y una Agripina, cuyos nombres indican aún lo más depravado que ha producido su sexo. Drusilina, hija de Calígula, es degollada al mismo tiempo que su padre, cuando apenas había cumplido dos años. Claudio abandona desnuda en el umbral del aposento de su esposa á una niña que cree fruto del adulterio. Mesalina hace desterrar y matar á Julia, hija de Germánico, y á otra sobrina de Tiberio. Una Lépidia, emparentada con los Césares, compite con Agripina en hermosura, en opulencia, en impudicia y en violencias, y ésta consigue que sea asesinada.

Se podía enseñar en el palacio de los Julios la gruta donde fué degollado Calígula; el calabozo, donde se dejó al joven Druso morir de hambre, royendo la borra de los colchones y profiriendo imprecaciones contra Tiberio, de que éste mandaba sacar nota para repetirlas después al Senado. En este salón bebió Británico la copa envenenada, y murió tan luego como se humedecieron sus labios; en aquél aspiró Agripina á provocar los deseos de su propio hijo, y en contiguo jardín el mismo hijo ultrajó con investigaciones curiosas su cadáver sangriento.

He aquí los crimenes con que se manchó una sola familia; y sus miembros eran otros tantos *divi* y *divæ* en que se fijaban todas las miradas y á quienes protegía la memoria de ilustres ascendientes. ¿Qué encontraríamos introduciéndonos en el seno de otros hogares? ¿Por ejemplo en casa de Agripa, «donde solo Vipsania murió de muerte natural, y donde los demás fueron víctimas del hierro, según noticias, ó del hambre ó del veneno, según conjeturas?» (18). ¿O en los palacios de los patricios, donde se aguardaban de continuo órdenes de los Césares, ora para prostituirse, ora para darse muerte? ¿O en el laboratorio de Locusta, uno de los principales instrumentos del poder

(18) TÁCITO *An.*, II.

por largo tiempo (19), donde iban á proveerse de filtros para hacerse amar (20), ó de venenos para acelerar una viudez ó una sucesión, ó de bebidas para no concebir nunca; ó en otro palacio cualquiera donde había tantos enemigos como esclavos (21), los que concertándose degollaban á sus amos ó denunciaban sus actos y pensamientos á los emperadores?

Tácito, revelador implacable de tamaña depravación, nos habla, prescindiendo de los crímenes privados, de diez y nueve mil condenados á muerte, lidiando sobre el lago Fucino, al verificarse la loca naufragia de Claudio. Cuando este emperador restableció el suplicio de los parricidas, hubo en cinco años más cadenas por este execrable delito que las que se habían pronunciado en el transcurso de muchos siglos; y Séneca asegura haber visto más sacos que cruces (22). Con tanta frecuencia se reproducían los suplicios, que hubo que quitar las estatuas del sitio de las ejecuciones para no tener necesidad de cubrir las con un velo á cada instante. Cuarenta y cinco hombres y ochenta y cinco mujeres fueron sentenciados por envenenamiento. Papirio, joven de una familia consular, cae de una ventana, de lo cual se acusa á su madre, que repudiada hacía largo tiempo, había empujado en fuerza de lujo y de seducciones á aquel mancebo á desórdenes tales, que para libertarse del remordimiento puso término á su existencia. Lépidia, hija de los Emilianos, sobrina de Sila y de Pompeyo, acusada á la vez de adulterio, de envenenamiento, de suposición de hijo, de sortilegio, se dirige al teatro escoltada por todas las nobles matronas, é invocando á sus ascendientes y á Pompeyo, emplea tanta elocuencia en sus súplicas, que el pueblo persigue al marido acusador con sus imprecaciones. A pesar de todo es convicta por la deposición de sus esclavos y se la condena á destierro. Plutarco nos dice: «En todas las familias hay mil ejemplos de hijos, madres y esposas asesinados; no tienen número los fratricidios, y es una verdad demostrada que un rey por seguridad propia debe matar á su hermano.»

(19) *Diu inter instrumenta regni habita.* TÁCITO, An., II.

(20) En Brescia hay esta inscripción, tal vez supuesta: D. M. QVI ME VOLENT VALET MATRONÆ MATRESQVE FAMILIAS VIXI ET VLTRA VITAM NIHIL CREDIDI ME VENERI ALVMNÆ ADDIXI QVOS POTVI PELLEXI FILTRIS ET ASTV VIRO HVMATO NON VIDVA FVI NEC MARITÆ NOMEN ADEPTA QVÆSO NE ME INVIDETE PORTIA FAMILIA EST VENERIS DOMV: ILLICIVM CVPIDIVM GAVE VIATOR NE ME DIV CALCATAM CALCES.

(21) *Arrogantique proverbium jaclatur: totidem esse hostes, quot servos.* SÉNeca, Ep. XLVII.—*Intelliges non pauciores servorum ira cecidisse quam regum.* Ep. XI.

(22) Según el texto de las leyes establecidas en tiempo de los reyes, el parricida era arrojado al mar dentro de un saco de cuero con un gato, una serpiente y un mono. Cuando Nerón mandó dar muerte á su madre se vieron sacos pendientes, de sus estatuas.

Ved á este pueblo en los espectáculos; no pretende que se acredite nadie de habilidad y destreza como los griegos, sino que apetece cosas extraordinarias, sensaciones violentas. No hablaremos nuevamente de los gladiadores y de las fieras; pero en el mismo teatro donde se representa el *Incidio* del antiguo poeta Afranio, se prende realmente fuego á las casas, y los histriones están autorizados para el saqueo (23).

Hace aparecer el clemente Marco Aurelio un león enseñado á comer hombres, lo cual desempeña con tanta gracia, que el pueblo ruega al emperador le ponga en libertad con unánimes voces: un Icaro cae realmente del cielo, y al punto se arroja sobre él un oso para despedazarle; termina con un verdadero suplicio el drama de Prometeo, en que un tal Laureolo es clavado en una cruz y devorado por una fiera: en otro despedazan á Orfeo osos de veras en vez de las bacantes; queman á uno para figurar á Hércules sobre el Oeta; mutilan á otro para imitar á los Atos; laceran un oso á un Dédalo que sin duda quisiera buenas alas; se hace imitar á un esclavo el heroísmo de Mucio Escévola, y es condenado á quemarse realmente la mano que se ha engañado. Marcial narra y admira escenas de esta clase (24), y multiplicándolas compraban los emperadores la libertad de aquel pueblo que había extinguido la libertad en todas partes.

¿Cómo podía ser duradero ese sencillo pudor que conserva una feliz ignorancia, en Roma, donde niños de ambos sexos iban juntos á las mismas escuelas primarias, en los baños se lavaban jóvenes y viejos, confundidos y mezclados con las matronas ó sus hijas; donde se colgaba priapos al cuello de las doncellas ó se ostentaban por las calles, y donde las casas estaban llenas de vergonzosas desnudeces (25). Sin dificultad ninguna se permitía leer á las doncellas los cómicos antiguos con sus impudentes obscenidades (26), y los epigramas de Marcial eran conocidos hasta de la pudorosa paduana. Asistía la madre con su hija á los indecorosos deleites de las Lupercales, ó á las fiestas de Venus, á las danzas de las cortesanas en honor de Flora, así como á los teatros, donde el espectador podía pedir que se desnudasen las actrices, ó se representaba la embriaguez de la prostitución y del adulterio (27).

(23) SÜETONIO, en *Neron*, 11.

(24) De *spectac.*, passim; y TERTULIANO, *Apol.*, cap. 15.

(25) MARCIAL, III, 51, 87; PLINIO, *Historia natural* XXXIII, 12.

(26) CÍCERON, *De orat.*, III, 12.

(27) *Mimos obscena jocantes*

Qui semper ficti crimen amoris habent

In quibus assidue vultus procedit adulter...

Nubilis hos virgo, matronaque, virque, puerque

Spectat, et e magna parte senatus adest.

Nec satis incestis temerari vocibus aures;

Adversum oculi multa pudenda pati...

Luminibusque tuis (Auguste), totus quibus utimur orbis,

ó se ostentaban con brutal realidad los amores de Pasifae (28). ¿Qué pensamientos habían de acompañar á tales espectáculos? ¿Qué discursos debían seguirlos? ¿Qué acciones habían de engendrar posteriormente?

Ricos y pobres tenían igual desvío al matrimonio, éstos por necesidad, aquéllos por el refinamiento de sus deleites. Preferían á los inocentes goces del hogar doméstico, dulce compensación á los sacrificios de dos corazones honrados, las borrascas de un celibato licencioso y la facilidad de las caricias venales. Si por sustraerse á la severidad de la ley Papia-Popea había quien se decidiera á tomar esposa, tardaba muy poco en ser repudiada; y se multiplicaban los divorcios hasta el punto de hacer legal el adulterio (29).

Si no se apelaba al divorcio, perecían antes de nacer los frutos del himeneo, ó con arreglo al detestable uso de la antigüedad, eran desamparados en la vía pública los recién nacidos. Excluidas las mujeres de cuidados más graves, se perdían en un lujo frívolo (30), ó en intrigas de adulterio ó de peculado se consolaban de una vida fastidiosa é inferior: no quedó, pues, en tiempo del imperio más que el exceso de la corrupción. Apenas se daba un matrimonio que no estuviese contaminado (31): refiere Plinio que Lolia tuvo puesto en una cena un adorno por valor de cuarenta millones de sextercios en perlas (32); Tácito nos muestra las mujeres de su tiempo descendiendo á la arena con los gladiadores, y á las matronas prostituyéndose á porfía con las mujeres perdidas (33), ó entregándose á los esclavos con tal furor, que el Senado tuvo que oponerse al escándalo con aquellos remedios que lo ponen de manifiesto, pero no lo corrigen (34). En el año 19 de Jesucristo prohibía

Scenica vidisti lentus adulteria.

OVIDIO, *Trist.*, II, 500.

(28) *Junctam Pasiphaen dictae, credite, tauro.*

Vidimus; accept fabula prisca fidem.

MARCIAL, *Spect.*, 5.

(29) Expresión de Marcial, lib. IV, epist. 7.

Julia lex populi ex quo, Faustine, renata est,

Atque intrare domos jussa pudicitia est,

Aut minus, aut certe non plus tricesima lux est,

Et nubis decimo jam Thelesina viro.

Qua nubis toties, non nubis: adultera lege est.

Offendor macha simpliciore minus.

Si esto parece exagerado, Juvenal nos dice, VI, 20:

Sic fiunt octo mariti

Quinque per autumnos.

Y San Jerónimo vió en Roma á alguno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual había enterrado á su vez veinte y dos maridos.

(30) *Graviorum operum negata affectatio, omne studium ad acriorum sui cultum hortatur conferre.* VALERIO MÁX., IX, 1, n. 3.

(31) *Vix presentis custodia manere illasa conjugia.* TÁCITO, *Ann.*, III, 34.

(32) *Hist. nat.*, IX, 58.

(33) *Ann.*, XV, 32 y 37.

(34) *Ann.*, XII, 33, 85.

el Senado á las viudas, á las hijas y á las nietas de un caballero romano hacerse empadronar por los ediles en los registros de las que traficaban con sus encantos; extraña prohibición, cuyo motivo no podría adivinarse, si Suetonio y Tácito (35) no nos revelaran que mujeres de buena casa se declaraban *meretrices* para libertarse de las penas impuestas contra las disolutas.

¿Podía aguardarse otra cosa en lugares donde reinaba la cortesana Actea; dónde la meretriz Popea, á la cual sólo faltaba ser virtuosa, acusaba á Octavia de adúltera para invadir su lecho; dónde las más hermosas eran perseguidas como la caza en los bosques para amenizar una orgía del emperador y ser arrojadas al día siguiente como las conas de adormideras?

Refinamiento del lujo.—No se trata aquí de un pueblo mísero é ignorante: el cultivo del talento y la urbanidad habían llegado á su colmo; y el bienestar y los goces del día distan mucho de poder sustentarse parangón con los de entonces: no se necesita más para deslumbrar los ojos de los que sólo atienden á la apariencia. En manos de todos circulaban con el atractivo de la novedad las más bellas poesías, las obras históricas más admirables. Recibía la muchedumbre sin trabajo su subsistencia; asistía á espectáculos gratuitos de magnífico é indecible esplendor; se paseaba debajo de soberbios pórticos, prodigios de arte y de riqueza; ejercitaba su agilidad y sus fuerzas en el campo de Marte, en medio de monumentos que todavía causan el asombro de los que no saben más que ver, ó son modelos instructivos para el inteligente; le brindaban ochocientas termas los placeres del baño, desde donde salía para ir á recoger al teatro los homenajes y la admiración de los reyes extranjeros, para tomar partido en favor de tal ó cual actor y derramar en aquellas disputas de histriones una sangre que vertía en otros tiempos á fin de adquirir derechos civiles.

Respecto de los ricos mucho es si el lujo desenfrenado de Asia podía superar al fausto y la molición de aquel tiempo. Como las lanas de la Apulia y de España eran de demasiado cuerpo, la India y la Serica enviaban telas de transparente seda. Que jábanse del peso del calzado romano, y para no sudar se llevaba en la mano una bola de cristal. Centenares de esclavos, máquinas inteligentes, lo hacían todo por sus amos, desde la cocina hasta los versos, de suerte que podían éstos disfrutar á su sabor voluptuosos ocios en el foro, en las basílicas y en los baños. Con bocas de vapor se templaba la atmósfera de los salones de los banquetes; guarnecidas están las ventanas de espejuelos; en el anfiteatro se puede hacer llover sobre el pueblo un perfumado rocío de nardo; sembrada se halla la arena del circo con cierto polvo de ámbar y oro.

Así, pues, no era lujo en Roma un arte como en

(35) *Tiberio*, 35; *Ann.*, II, 85.

Grecia, sino voluptuosidad (36); gigantesco á la par que miserable; expresi3n de una civilizaci3n material, desproporcionada con la moral. Tambi3n los placeres del entendimiento debían contribuir á hacer m3s vehementes los de los sentidos. Veíanse, pues, figurar en las comitivas, en medio de las cortesanas y de los mancebos, el filósofo, el poeta y el griego especialmente; el griego que lo sabe y hace todo, desde el oficio de tercero hasta el de maestro de ni3os; que sobrelleva con igual magnanimidad los favores y las injurias, con tal de poder ser admitido á la mesa del due1o de la casa y honrado con la conversaci3n se1oril (37).

(36) *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*

(37) Cuando se lee en Luciano (*Vida de los cortesanos*) el retrato del profesor griego en las opulentas casas de Roma, se encuentran muchos puntos de semejanza con el poeta de 1500, y con el abate de 1700 y con ciertos literatos del siglo pasado.

«A una edad en que si naciste esclavo era tiempo de pensar en la libertad, te vendiste por algunos 3bolos con toda tu virtud, toda tu ciencia, y sin hacer caso de los diferentes discursos que Plat3n, Crisipo y Arist3teles compusieron en loor de la libertad, y en odio á la servidumbre. ¿No te abochorna hallarte en medio de aduladores, de picaros y de libertinos, y usar s3lo entre tan gran muchedumbre de romanos, el manto griego, hablar mal su idioma con mil barbarismos, tomar parte en tumultuosas cenas entre gentes de todas clases y en su mayor n3mero malas? ¿No te da vergüenza en esos banquetes adular fuera de propósito y beber sin medida, y levantarte temprano al sonido de la campanilla, perdiendo el m3s dulce instante del sue1o, y corriendo de arriba abajo con los dem3s, llevando todavía en las piernas las manchas de lodo del día antecedente? ¿Tan grande escasez experimentas de altramuces y de cebollas campestres? ¿Careces de manantiales de agua fresca y cristalina para caer en desesperaci3n tan profunda?

«Como usas de larga barba, tienes un no sé qué de venerable en tu figura, llevas con dignidad el traje griego y te conoce todo el mundo por profesor de bellas letras, orador y filósofo: le parece (al due1o de la casa) que es de buen tono mezclar alguno de esta especie con los que le sirven de comitiva cuando sale, en atenci3n á que así se le reputará por amigo de las ciencias y de las letras griegas, por apreciador esclarecido de los sabios. De este modo, buen hombre, corres riesgo de haber alquilado, no tus maravillosos discursos, sino tu manto y tu barba...

«Si sobreviene otro m3s moderno, eres despedido, confinado á un rinc3n de los m3s humildes, donde languideces, testigo de lo que se saca á la mesa y de lo que de ella se retira. Si por último llegan hasta ti los platos, roerás los huesos á semejanza de los canes, y el hambre te inducirá á chupar suavemente alguna hoja de malva seca, mezclada con las sobras. Ni te faltarán otros muchos ultrajes. No s3lo no te servirán huevos, porque no conviene que seas siempre tratado como persona forastera y conocida (pretenderlo fuera adem3s una imprudencia por tu parte), sino que ni aun debes como los dem3s saborear un pollo; se sirve uno gordo y rollizo al hombre rico, á ti te toca un medio polluelo, ó un pich3n viejo reformado, para sonrojarte y en se1al de menosprecio. A menudo, si falta por casualidad uno de los convidados y llega de improviso, *Tú eres de la casa*, te dice el lacayo al oído, y te quita al punto lo que tienes delante para servirselo al advenedizo; después

Comidas.—Lejos de disminuirse con el despotismo el lujo, lo fomenta para inspirar molici3 y afici3n á los goces destinados á distraer de la servi-

quando se trinchaba durante la comida, ora un venado, ora un lechoncillo, es necesario que est3s bien con el trinchador escudero, ó debes contentarte con la parte de Prometeo, es decir, con el tu3tano de los huesos.

«Pero se me olvidaba decir que mientras los dem3s liban un vino a1ejo y delicado, es de la peor calidad el que tú bebes; y si al menos te consintieran beber hasta que te saciaras; pero acontecerá m3s de una vez, cuando lo pidas, que fingirá el paje no haberte oído...

«Si alg3n criado chismoso cuenta que no has elogiado al rapacillo de la due1a de la casa cuando bailaba ó tañía la cítara, no será flojo el partido que corras. De consiguiente, necesitas cantar como una rana sedienta para que entre los que aplauden se te distinga; dar el tono á los m3s entusiastas, y mil veces, mientras los dem3s guardan silencio, debes repetir alg3n elogio meditado con superabundante dosis de lisonja...

«Te corresponde permanecer reclinado y con la cabeza baja, como en los banquetes de los persas, por miedo de que un eunuco te vea hacer gui1os á alguna concubina.

«Tal es la existencia ordinaria de la ciudad. ¿Cuál será tu suerte durante un viaje? Frecuentemente cuando llueve, tú que vas el último, porque tal es el puesto que te ha reservado tu destino, aguardas á las acémilas, y á falta de coches, te encaraman con el cocinero y el peluquero del ama á un carro, sin que siquiera se cuide de mullirte el asiento con bastante porci3n de paja...

«Si te acontece no prodigar alabanzas, te enviarán muy en breve, como á un sér lleno de rencor é insidioso, á las latomías de Dionisio. Es preciso que te parezcan (los amos de la casa) sabios y elocuentes; y si se les escapa alg3n solecismo, no por eso han de dejar de exalar siempre sus discursos cierto perfume del Himeto y de la Atica, y estar destinados á ser en lo venidero modelo de lenguaje. Lo que hacen los hombres no es de lo m3s insoportable. Mucho peores son las mujeres (porque las mujeres tambi3n afectan tener á sueldo y llevar en pos de su litera á alg3n sabio). A veces les prestan oído (s3lo como asunto de risa) cuando se hacen el tocado, ó se ocupan en rizarse el cabello. Muy á menudo, mientras se engolfa el filósofo en sus demostraciones, sobreviene la camarera con el billete de alg3n galán. Entonces interrumpe con suma cordura su discurso, esperando á que vuelvan á prestarle oído, después de haber contestado al amante.

«Al fin, cuando ha transcurrido tiempo y llegan las Saturnales y las Panateneas, te envían un miserable manto, ó bien una túnica ya usada; y es preciso hacer ostentaci3n de ella. El primero que ha columbrado la idea en la mente del amo corre á anunciártelo y no le vale galard3n escaso semejante nueva. Se presentan de madrugada en número de trece á ofrecerte el regalo; cada cual exagerará lo bien que ha hablado de tu persona y el cuidado que tuvo, tan luego como la orden le fué comunicada, de escoger lo mejor que había. Márchanse en seguida después de que has recompensado á todos, refunfuñando porque no has sido m3s liberal con ellos. Te se paga el salario por tres ó cuatro 3bolos y de mala gana; si pides, pasas por enojoso ó indiscreto: para que lo consigas es necesario que ruegues, acaricies y hagas la corte al mayordomo, lo cual exige un género especial de lisonja. Tampoco hay que descuidar al consejero ordinario y al amigo; y mientras aguardas, eres deudor al sastrero, al médico, al zapatero, de lo que aun no has percibi-

dumbre y á indemnizar de la tiranía. Pero el egoísmo hacia incesantemente cada vez m3s fútil este lujo; ya no se aspiraba, como en tiempo de la república, á enriquecer la patria con bronce y mármoles arrebatados al mundo vencido; ya no se erigían suntuosos monumentos como en tiempo de Augusto; se corría descaradamente tras de los placeres de la gula. Competábase acerca de quien se tragaría cinco comidas en un día: luego se vaciaba el est3mago para atascarse de nuevo. Cada una de estas comidas costaba un millar de sextercios, hablando s3lo de gentes moderadas, pues hombres hubo que gastaron 30,000 para comprar tres barb3s. Tiberio, á quien se hizo regalo de uno cuando no era todavía descaradamente vicioso, le pareció que era para su mesa de excesivo precio, y mandó que lo pusieran en venta. Octavio, que lo compró, lo pagó en 50,000 sextercios. Este Octavio era émulo de Apicio, que fué en Roma tipo de la glotonería, en la que se mostró consumado maestro (38); de aquel Apicio que, después de haberse engullido en la mesa inmensos tesoros, se quitó la vida para no verse reducido á vivir únicamente con 10,000,000 de sextercios (39).

Sacábanse á subasta especialmente los pescados, y se porfiaba acerca de quien se los proporcionaría de m3s tama1o y rareza. Se conservaban en los viveros; había magistrados con encargo de impedir que los alejaran de las costas. Marcial censura á Caliodoro por haber devorado á un esclavo en una comida, á consecuencia de haberle vendido en 1,300 dineros para comprar un salm3nete de cuatro libras (40); á veces se servía á la mesa el pescado vivo y coleando, á fin de que alegrasen á los convidados los diversos cambiantes que la agonía del pez hacía experimentar á los colores; y un instante

do. Así, como estas recompensas no te producen ventaja, no son recompensas en tu concepto.

«Invéntanse mil calumnias en tu contra...

«Te se acusa, ora de haber querido corromper al hijo de la casa; ora, á pesar de tu ancianidad, de haber querido violentar á alguna camarera, ora de alguna otra galantería. Entonces se elige una magnífica noche y te plantan en la calle de espaldas y empaquetado en tu manto. Miserable y desamparado de todos tienes por única compa1era de tu vejez una excelente gota, y como has olvidado hace tiempo lo que sabías, tienes m3s abultado el vientre que la bolsa. Este es tu mayor tormento, porque no puedes llenar tu est3mago, ni hacer que se avenga á razones.»

(38) Cítanse tres Apicios; uno durante la república; este, á quien aludimos, en tiempo de Séneca; y otro en la época de Trajano. Es el m3s célebre el segundo: muchos guisos conservan su nombre, y se le atribuye un tratado sobre el arte de cocina (*De re culinaria*).

(39) *Dideras, Apici, bis tricentis verri, Sed adhuc supererat centies tibi laxum. Hoc tu gravatus, ne famem et sitim ferres, Summa venenum potione ducisti. Nil est, Apici, tibi gulosius factum.*

MARCIAL XII, 3.

(40) MARCIAL, X, 31.

después de haber sentido el animal deslizarse en la mano, le veían aparecer sazonado. De consiguiente, el cocinero era el criado de m3s importancia, y la preparaci3n de exquisitos banquetes la principal ocupaci3n de los esclavos. Luego de repente anhelaba el rico hacer ensayos de pobreza y se retiraba bajo el techo de un peque1o aposento á comer por tierra (41); y se encuentra que es un maravilloso invento hacer que la concha de la tortuga imite á madera para tener muebles que valen mil veces m3s de lo que parecen á la vista.

Lo extraordinario.—A pesar de todo no se porfiaba tanto por satisfacer la gula ó la molici3 como la manía de lo extraordinario (*monstrum*), la primera pasi3n de aquel tiempo. De aquí los extra1os caprichos de los emperadores y de los particulares, las estatuas colosales tan opuestas á aquella medida que había constituido la perfecci3n del arte griego; de aquí el gigantesco puente de Calígula, los veinte caballos uncidos al carro de Ner3n, su desmesurado palacio con sus enormes estatuas; de aquí el vasto anfiteatro de Vespasiano, las termas de Caracalla, el sepulcro de Adriano, tanto m3s admirados á medida que distaban de lo que se había hecho antes. Llegóse hasta no querer la luz del día porque era gratuita (42); hubo grandes bibliotecas que no se abrieron nunca: se pretendió poseer rosas en invierno y nieve en verano: no se querían desórdenes que se perdieran entre la muchedumbre, sino que estribaba el mérito del vicio en el escándalo que produce (43). Un personaje consular paga 6,000 sextercios por dos copas de un vidrio nuevo; deben aguijonear el capricho vasos tan preciosos como frágiles por la idea del peligro de quebrarlos. Son trabajados con habilidad maravillosa el nácar y la concha: una mesa extraordinaria de madera de limonero costó á Cetego 1,400,000 sextercios. Se tuvo por mérito ser bebedor sin igual, y Tricongio se hizo acreedor á este sobrenombre por haber causado la admiraci3n de Tiberio, trágándose á su presencia tres congios de vino.

En un principio procuró este emperador remediar alg3n tanto el excesivo número de lugares de libertinaje, de tabernas, de histriones, y el lujo de los muebles y especialmente de los vasos de Corinto. Prohibió el Senado el uso de la seda para los hom-

(41) SENECA, *Ep.* 18, 100. *Pauperis cella.*

(42) *Fastidium est lumen gratuitum.* Pedro Albinovano nos refiere haber vivido en una casa cerca de la de Espurio Papino, que pertenecía á estos enemigos de la luz. «Hacia la tercera hora de la noche oigo ruido de palos; ¿qué hace? pregunto.—Está tomando las cuentas (era en la época en que se castigaba á los esclavos). A la media noche, percibo un grito penetrante. ¿Qué es eso?—Se ejercita en el canto. Hacia las dos de la ma1ana, ¿qué ruido de ruedas es ese?—Es que sale en caruaje. Al apuntar el día distingo ruido de carreras y voces; se ponen en movimiento cantineras y cocineras ¿Qué será, qué no será? Es que sale del ba1o y pide vino con miel.» SENECA *Ep.* 122.

(43) *Idem, id.*

bres y de los vasos de oro para la mesa, queriendo que se reservasen para los templos y para las ceremonias sagradas. ¿Pero qué freno cabía donde tan grande era la licencia, y donde el ejemplo de los que gobernaban le comunicaba aliento? Mucho hemos dicho sobre los directores del gobierno y pudiéramos todavía añadir bastante. Agripina pagó por un ruiseñor 6,000 sextercios. Calígula bebía á menudo líquidas perlas en sus banquetes, ó bien mandaba servir las viandas en platos de oro, que distribuía después á los convidados: arrojó al pueblo por espacio de muchos días inmensas cantidades de oro: hizo construir galerías de madera de limonero con velamen de seda y proas de marfil ornadas de perlas, y trasladar de Egipto un obelisco en una nave de tanto porte, que apenas podían abarcar su mástil cuatro hombres. Nerón posee alfombras babilónicas de precio de cuatro millones de sextercios, una copa de murrina de trescientos talentos, gasta en los funerales de su mono todos los tesoros de un rico usurero, á quien ha desterrado, y consume en los de Popea tantos perfumes como puede producir la Arabia en un año. Todo esto se admira sólo por la circunstancia de ser extraordinario.

Había, pues, en esta época grandes riquezas, mucha cultura intelectual, mucho lujo, un vasto imperio, espaciosos y hermosos caminos, ejércitos y escuadras poderosas, un comercio que se extendía hasta los más remotos confines de la tierra. Hallábanse reunidos todos los elementos que constituyen la prosperidad social en sentir de algunos. Pero ¿basta esto? Puede resolver la cuestión una ojeada dirigida al imperio. ¿Y qué descubrimos en su esencia? Desorden del entendimiento, ausencia de los principios sociales, filosóficos y religiosos; una depravación profunda; el vicio y la impiedad erigidos en sistema; ferocidad en los señores, ferocidad en los esclavos, adulación en los filósofos; una corrupción tranquila y una corrupción impetuosa, un instinto cruel en los soldados, un instinto

inquieto y cobarde en el vulgo: en suma, la estupidéz de una plebe inmensa que permanece indiferente entre el vencedor y el vencido.

A un extremo se encontraban el emperador, los soldados, los magnates; á otro la muchedumbre sin clase intermedia capaz de regenerar la nación, muchedumbre trémula como los magnates, como el emperador, todos con miedo unos de otros, consecuencia precisa del egoísmo universal. Unos se encumbraban sobre su bajeza originaria acercándose á los magnates y aspirando á ingresar en sus filas á fuerza de espionaje y de lisonjas; otros se complacían en confundirse entre el pueblo para tomar parte en las liberalidades de que era objeto, y para evitar los peligros á que se hallaba expuesto todo el que hacía viso.

De cierto algún moralista clamaba de vez en cuando para revelar, en proporción de su osadía, las llagas de la época, la impasibilidad de los ricos, las miserias del pobre, la corrupción de todos. ¡Declamaciones vanas! Y en efecto ¿quién sugería un remedio al daño? Horacio dice como poeta: *Vamos á habitar las islas Afortunadas*. Juvenal se explica como un joven escolar pudiera hacerlo: *Retiraos al monte Sacro*. No hallaréis en las páginas de Tácito un solo pensamiento que aluda á la posibilidad de mejorar una civilización cuyos palpables desórdenes sabe pintar de mano maestra. Séneca y los demás estoicos responden: *Suicidaos*; los hombres políticos nos saben más que recordar, como la memoria de un bien perdido, el tiempo pasado y una aristocracia ya gastada.

¿Pero de dónde se podía esperar el elemento moral? No de los tiranos que regían el imperio, ni de un Senado envilecido, ni de patricios diezmos, ni de la religión en descrédito absoluto, ni de los filósofos víctimas de la duda, ni de los ricos disolutos, ni de la plebe ignorante de sus derechos y de sus deberes: sólo se podía esperar del cielo y del amor.

CAPITULO VI

JESUCRISTO

Desde el instante en que Nerón prendió fuego á Roma, á fin de proporcionarse el espectáculo de una ciudad incendiada, no hubo ya sacrificios para los dioses, ni órdenes para los magistrados, ni profusión de dinero, ni promesas de reconstrucción más magníficas, que pudieran librarle del resentimiento del pueblo. Aterrorizado por aquel sordo estremecimiento que le infundía más miedo que el Senado, al cual podía en todo caso imponer silencio mandando dar muerte á los senadores, imaginó dar una satisfacción bárbara á la muchedumbre, designándole como autores del incendio á una secta nueva de filósofos llamados cristianos, de un Cristo condenado á muerte en Palestina en tiempo de Tiberio, secta que desaprobaba la repugnante corrupción del siglo y sus innobles vilezas, y que, no viendo en los romanos una raza de naturaleza superior á las de las demás naciones, ni tampoco el derecho en virtud del cual oprimía á todas, se hacía odiosa á aquellos tiranos del mundo.

Sobre estos hombres descargó la venganza de los romanos, á quienes el odio enseñó á conocer una religión llamada á reunir por el amor á todos los pueblos. Persiguéronles con encono, haciéndoles padecer los más atroces suplicios, y uniendo á la crueldad el insulto, á imitación de su soberano, respecto de los patricios. Unos envueltos en pieles de animales, eran abandonados á los perros; aquéllos á las fieras en medio del circo; á otros se les quemaba vivos, y en los jardines voluptuosos de Nerón servían de antorchas sus incendiados cuerpos (1); ¡cabalmente sobre la colina del Vatica-

no, donde la religión, naciente entonces, debía enarbolar después su victorioso estandarte!

Aquellos tiempos anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nación por Dios escogida, habían al fin llegado. En todo el Oriente cundía el rumor de que un hombre destinado al imperio universal, aparecería en Judea (2). Habíanse cumplido las setenta sema-

el Capitolio, después en la vecina playa: se asperjó con agua del mar el templo de la diosa y su imagen: mujeres casadas hicieron en seguida el lectisterno y las veladas. Mas no eran parte las obras humanas, ni las súplicas divinas, ni las liberalidades del príncipe, á disminuir el grito que le acusaba de haber incendiado á Roma. Con el fin de desvanecerlo persiguió y castigó con los más esmerados suplicios á aquellos detestados malhechores, á quienes el vulgo llamaba cristianos, por el nombre del Cristo que bajo el reinado de Tiberio fué crucificado por el procurador Poncio Pilatos. Esta mala semilla, como se decía, quedó entonces sofocada; pero cobraba vigor no sólo en Judea, donde había nacido, sino también en Roma, donde abundan á porfía y adquieren celebridad todas las cosas atroces y repugnantes. Encarcelóse, pues, primeramente á los que profesaban abiertamente la doctrina de los cristianos, luego á una porción de gentes, á quienes se designaba, no como delincuentes del incendio, sino como enemigos del género humano. Se les quitaba la vida con escarnio, envueltos en pieles de animales para que los perros los destruyesen vivos, se les crucificaba, se les quemaba, y se les prendía fuego después de untarlos con pez, á fin de que alumbrasen por la noche como si fueran antorchas. Cedió Nerón para este espectáculo sus jardines, y celebró allí la fiesta del circo vestido de cochero, subido en carro y como espectador entre el pueblo. Movían á lástima aquellos infelices, aunque merecedores de toda clase de suplicios, en atención á que no morían en pro del público sino solamente por la crueldad del príncipe. TÁCITO, *Annales*, XV, 44.

(1) A fin de amortigar aquel rumor que le inquietaba, apeló también á los libros sibilinos. «Se dirigieron súplicas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina, y se reunieron las matronas, para que Juno le fuese propicio, primeramente en

(2) SUTTONIO, en *Vespasiano*; TÁCITO, *Hist.*, V, 12; JOSEFO, *De bello jud.*, VII, 12.